

CRÍTICA DE LIBROS

ARMAS Y POLÍTICA EN LA AMÉRICA HISPÁNICA

DOS VERSIONES

I

JOHN N. PLANK,
de la Universidad de Harvard

El profesor Liewen, de la Universidad de Nuevo México, ataca en este bien escrito volumen * dos temas distintos, pero correlativos. La parte más extensa del libro describe y analiza el papel que han tenido y tienen los militares en América Latina; la que sigue se refiere a los aspectos militares de la política de Estados Unidos en la América Latina y sus consecuencias políticas. Aun cuando el libro se ha pensado, sobre todo, para el lector norteamericano, el latinoamericano lo encontrará útil, sobre todo el de México.

Es innecesario decir a los latinoamericanos que ha sido importante el papel histórico de sus militares: han ocupado los puestos oficiales más elevados, y aun en el día de hoy, el soldado profesional retiene en muchos países, cuando menos, un veto suspensivo sobre la actividad de las autoridades civiles. Tampoco desconocen esa importancia los norteamericanos; en rigor, en su opinión estereotipada y errónea figura la idea de que en la América Latina el cuartelazo es una forma normal, casi la forma normal de mudar de gobierno, y que los generales y coroneles —los “jinetes”— gozan de un derecho preferente a los puestos políticos

Por mucho tiempo los comentaristas (letrados y periodistas, escritores y negociantes) se han ocupado de los fenómenos del militarismo y el caudillismo. Por tanto, dista mucho de ser cierto decir, como lo hace el profesor Liewen, que antes de él “nadie había... intentado estudiar el papel social y político de las fuerzas armadas latinoamericanas” (p. VIII). Sin embargo, entre su estudio y los anteriores existen diferencias que justifican su pretensión de haber hecho una contribución importante.

Algunas de esas diferencias merecen una atención particular. En primer lugar, el profesor Liewen logra, a diferencia de otros que no lo consiguieron en igual medida, mantener, a lo largo de casi toda su expo-

* LIEWEN, E.: *Arms and Politics in Latin America*. Nueva York: Council on Foreign Relations, 1960; xvi + 296 pp.

sición, el reflector sobre los militares sin dejar de alumbrar el marco socioeconómico en el que se mueven. Un estudio *in vacuo* del milite, o bien uno sobre figuras militares aisladas, es de un valor limitado para el estudiante de las ciencias sociales, cualesquiera que sean los intereses del lector común; por otro lado, un estudio en que el ejército aparezca tan sólo como "otro" de los factores que han obrado sobre la evolución de la América Hispánica, no nos hace avanzar en el entendimiento de ella. Lo que se necesita, y lo que el profesor Liewen se ha preocupado por ofrecernos, es un análisis en que el elemento militar se relacione significativamente, lo mismo como actor que como paciente, con su ambiente total.

Segundo, la obra del profesor Liewen se diferencia de otras que han tratado problemas y materiales similares, por ser más complicada. No obstante que el suyo es un gran lienzo —físicamente toda la América Latina, y en el tiempo, desde la Independencia hasta el presente— hace cuidadosas excepciones dada la complejidad de su tema. Desde el primer momento se despierta en el lector la conciencia de que tiempos y sociedades diversos producen o, por lo menos, permiten el florecimiento de clases distintas de corporaciones y personalidades militares. Por ejemplo, el Rosas del siglo XIX no puede compararse casualmente con el Perón del siglo XX; ni el viejo Somoza nicaragüense con el Rojas Pinilla colombiano. Los cimientos varían de una época y de un medio a otro. El concepto que el milite tiene de sí mismo y de su papel varía en razón del tiempo o del lugar. También mudan los instrumentos de coerción y de dominio: lo que es factible a un estado policíaco de una Argentina urbana, industrializada y alfabeta, claramente no lo es en Nicaragua. Aun cuando otros han señalado estos contrastes, no lo han hecho en la forma sistemática del profesor Liewen.

La naturaleza y las pretensiones de las instituciones militares no sólo difieren por razón de tiempo y de cultura, sino que el profesor Liewen se preocupa mucho en subrayar que el "elemento militar" en manera alguna constituye un bloque homogéneo *dentro* de cada uno de estos países. Un ejemplo excelente es el de Argentina, donde los oficiales de la armada se diferencian de los del ejército en cuanto a su origen social y sus orientaciones. Sin embargo, el asunto es más profundo. Por ejemplo, al examinar los golpes de estado posteriores a 1939, el profesor Liewen nos afirma que los motivos de los militaristas que en ellos intervinieron "no fueron siempre los mismos. Compitiendo entre sí, los profesionales más celosos pudieron intervenir a nombre de su legítimo deber de conservar el orden interno, en tanto que los militaristas latentes pudieron ser impulsados solamente por ambición política, y aun en un tercer grupo, los oficiales idealistas estaban convencidos de que debían impartir la justicia social" (p. 123).

El profesor Liewen, a diferencia de muchos liberales, no condena sin más todas las intervenciones militares en los asuntos de las naciones de Latinoamérica por el solo hecho de ser militares. Dice que en buen nú-

mero de casos, "si las fuerzas armadas hubieran permanecido neutrales, o hubieran sido incapaces de ejercer un control efectivo, los elementos civiles indisciplinados [piensa en grupos como el de los Integralistas brasileños] hubieran convertido a Latinoamérica en algo más inestable de lo que es en realidad" (p. 124). Al contrario, a diferencia de muchos conservadores y reaccionarios, no encuentra justificada una intervención militar y un régimen autoritario, sólo porque los militares pueden conservar el orden y la tranquilidad interiores. Es muy acerba su condenación de Trujillo (p. 159), como lo son las caracterizaciones que hace de Odría y de Pérez Jiménez (pp. 81-2, 85-7).

El profesor Liewen descubre una tendencia a largo plazo hacia un profesionalismo mayor y una disminución más acentuada en la participación política de las fuerzas armadas. Esta tendencia contribuye a una rápida evolución que aparta a la América Latina de una organización semifeudal, agraria y desintegrada, y la lleva hacia una organización social urbana, industrial y articulada. Los oficiales de hoy están mejor educados y adiestrados, y cada día proceden en número mayor de una clase media que se ensancha y de la región con la cual se identifican. Desconfiado de la generalización y de la profecía, el profesor Liewen no predice que esa tendencia persistirá de manera general y automática, y que las fuerzas armadas ayudarán por doquiera a crear regímenes constitucionalmente democráticos y estables en Latinoamérica; pero al final de cuentas su pronóstico es profundamente optimista. Cree que en la época actual "hay indicios de que la reforma social y la democracia política podrán progresar de la mano" (p. 60).

El profesor Liewen divide los estados de la América Hispánica en tres categorías, según el grado alcanzado en el profesionalismo y el apartamiento de la política. Según él, las fuerzas armadas dominan hoy día la política en siete países: República Dominicana, El Salvador, Haití, Honduras, Nicaragua, Panamá y Paraguay. En el segundo grupo de siete países —Argentina, Brasil, Cuba, Ecuador, Guatemala, Perú y Venezuela— las fuerzas armadas están en camino de convertirse en corporaciones apolíticas. Finalmente, enumera los seis países en los que las fuerzas armadas son apolíticas: Bolivia, Colombia, Costa Rica, Chile, México y Uruguay. Cada lector juzgará del acierto de sus clasificaciones: ¿Colombia pertenece más bien al tercero que al segundo grupo? ¿Honduras y Panamá se encuentran hoy de una manera tan absoluta bajo el dominio militar? ¿El ejército brasileño es tan apolítico como esa clasificación parece indicar? Sin embargo, el profesor Liewen, como cualquiera, se da cuenta de la validez muy limitada de este sistema de agrupación, y no pretende concederle mayor peso que el que puede resistir. En todo caso, casi todos concordarán en que su apreciación de las actuales tendencias latinoamericanas es correcta y en que ha sido útil su esfuerzo por esclarecerlas.

Uno de los capítulos que resultará particularmente interesante a los mexicanos es el que describe el proceso por medio del cual fueron "do-

mesticadas" políticamente las fuerzas armadas de México (Cap. 4). Después de pintar un horrible cuadro del papel que el elemento militar representó durante la historia prerrevolucionaria de la nación —"más de mil levantamientos armados afligieron a esta infortunada república durante el primer siglo de su nacionalidad"—, examina la forma en que el ejército fue frenado en los años subsiguientes a 1920. Atribuye la mayor parte de este mérito a Obregón, Calles, Amaro y Cárdenas, descubriendo que el tiro de gracia a la omnipotencia y autonomía del ejército fue dado por Cárdenas en 1937 al formar un partido revolucionario consolidado compuesto por cuatro sectores: obrero, campesino, militar y popular. "Cuando sus críticos lo acusaron de meter al ejército en la política, contestó: 'No hemos llevado al ejército a la política. Ya estaba en ella. De hecho, dominaba la situación, e hicimos bien en limitar su influencia a un voto de cuatro'. De ahí en adelante el ejército podía ser dominado siempre en la votación" (p. 114). El profesor Liewen concluye así:

Al entenderse con el militarismo, México ha puesto un ejemplo que otras naciones latinoamericanas harán bien en imitar. Su experiencia ha demostrado que, ocurrida ya una gran revolución social, los gobernantes resueltos pueden emprender la tarea general para transformar las fuerzas armadas en un ejército disciplinado y profesional, renuente a participar en la vida política. La tarea supone una dosis liberal de técnicas maquiavélicas para quebrantar el poder de los ciudadanos oficiales de la revolución y un programa educativo bien orientado, destinado a inculcar en los nuevos oficiales jóvenes el concepto del "buen soldado". Parte integrante del proyecto para conseguir la supremacía civil en la política, fue la de crear con los obreros de los centros urbanos y los campesinos contrapesos al poder armado de los militares. Fue necesaria una generación entera para concluir la obra, pero se ha comprobado que sus resultados justificaron con creces el esfuerzo. Durante la pasada generación, la nación entera, inclusive las fuerzas armadas, ha estado cosechando los frutos de esta reforma política fundamental, y sin duda continuará recogiendo los (p. 120).

El libro tiene sus fallas, que en parte proceden de que las fuentes más importantes no son fácilmente accesibles, porque, como lo hace observar el profesor Liewen, es "explicable que las propias fuerzas armadas se hayan callado acerca de su papel extra-militar". También proceden parcialmente de la incompetencia, en general admitida, de las actuales técnicas de la ciencia social para abarcar de manera completamente satisfactoria complejos tan amplios y elaborados como los estados nacionales, para no decir de los complejos de veinte nacionalidades. Pero en una proporción mayor todavía, las origina el vigor mismo del libro, al grado de que, cuando el profesor Liewen consigue hacer resaltar con fuerza el papel del elemento militar, corre el riesgo de atribuirle —o de parecer atribuirle— una importancia mayor que la que justifican los hechos. El profesor Liewen advierte ese peligro en la mayor parte de los casos; es un pensador cuidadoso que ensaya escrupulosamente acomodar den-

tro del marco de su análisis todas las variantes sobresalientes, y que excluye de sus propósitos el proponer la hipótesis del factor único. Sin embargo, resulta inevitable que la reiteración sobre el elemento militar conduzca a crear en el lector una noción exagerada de su importancia. También, de manera inevitable si bien comprensible, esa reiteración ha llevado al profesor Liewen a juicios de un acierto dudoso. Afirma, por ejemplo, que la "historia del siglo XIX de las dieciséis naciones hispano-americanas fue esencialmente militar" (p. 17). Piensa, por supuesto, en la historia política; pero, aun así, la afirmación es excesiva.

La segunda parte del libro, en la que el profesor Liewen trata sobre la política de los Estados Unidos en Latinoamérica, pone en tela de juicio las ideas oficiales de Washington. Es de esperar que allí sea leída y medida con serenidad. Su conclusión es que, no obstante que las misiones de adiestramiento y los programas educativos de Estados Unidos han hecho el bien de estimular el profesionalismo de las fuerzas armadas latinoamericanas, ha resultado perjudicial la desmedida importancia concedida a consideraciones militares en la política de Estados Unidos. Plantea una serie de preguntas respecto al papel de la América Latina en la Guerra Fría, la distribución de sus recursos, relativamente escasos, y los efectos de la ayuda militar en los cambios políticos dentro de los países latinoamericanos y en sus relaciones mutuas. Sostiene de una manera convincente que la posibilidad de una agresión abiertamente militar de la Unión Soviética contra la América Latina es muy remota; que la subversión comunista interior es más un asunto de represión policiaca que de intervención militar; que los recursos de América Latina deben ser encauzados por rutas que conduzcan a un mayor bienestar económico y social y no hacia el armamento, y que el proveer de armas a las fuerzas militares de la región sirve con frecuencia para apoyar las pretensiones políticas de los militares y para exacerbar las tensiones existentes dentro de Latinoamérica. No titubea tampoco en hacer notar que el armamento procedente de Estados Unidos ha sido utilizado por algunos de los más brutales dictadores de la región en sus esfuerzos para perpetuarse en el poder, e insiste, muy acertadamente, en que mucha de la animadversión hacia Estados Unidos tiene este origen.

Hacía falta desde hace tiempo un libro como éste. Desearía uno que fuese dos veces más extenso para que pudiera analizar con detalle la estructura y el papel de la organización militar de los diferentes países de la América Hispánica. Pero ésta es una queja de carácter relativamente secundario. El libro es bueno. Hay que felicitar a su autor y que encomiar al Consejo de Relaciones Exteriores por haberlo amparado y hecho posible su publicación.

II

PABLO CORTÉZ,
del Colegio de México

De profundamente extraño puede calificar este libro un lector atento, es decir, aquel que a más de darse cuenta de lo que un autor dice, busca el cómo y el por qué lo dice. En el presente caso, es general el acierto en lo que dice, pero generalmente yerra en cuanto a la forma y las razones de su dicho. Por eso digo que el libro es extraño, pues ¿no lo sería ver que un hombre da en el blanco a pesar de disparar a ciegas una pistola herrumbrosa? Mi asombro ha sido tan grande que, al concluir su lectura, pensé en iniciar esta nota con la sugestión angustiada de que el psiquiatra, lejos de dedicarse a examinar las mentes visiblemente anormales, debía consagrarse a aquellas otras que lo son sin parecerlo.

Pronto he caído, sin embargo, en una explicación menos dramática y, por lo tanto, vulgar: este libro es un estudio *mono-gráfico*, que ha sido trabajado *mono-maníacamente*. Aun así, esto no explica sino parte del problema: no sólo es admisible, sino fácil y frecuente que un autor, arrastrado por el entusiasmo, el interés y el conocimiento del tema, caiga en la trampa de la monomanía; pero en este caso, el señor Liewen contó con la ayuda (es de suponerse que crítica) de un grupo de estudio del Council on Foreign Relations de Estados Unidos. Había que concluir, entonces, que contrariamente a lo que la medicina ha creído hasta ahora, las monomanías son también contagiosas. Quiero decir, en suma, que el aislamiento de un tema para tratarlo separadamente, es un método de trabajo intelectual tan viejo como el hombre mismo, y cuyos frutos son incontables; pero, al menos tratándose de las ciencias humanas, el éxito de un estudio monográfico depende de tener siempre presente que el investigador, de su propia voluntad, ha aislado un solo aspecto de un panorama mucho más amplio y complejo. En consecuencia, cualquiera explicación que entregue una monografía no será jamás una explicación única —la monomaníaca—, sino parte de una explicación general.

EL TÍTULO del libro debe ser llamativo para el lector norteamericano, y para nosotros, los latinoamericanos, resulta fascinador: *Armas y política en la América Latina*. Uno supone fácilmente que es un estudio del militarismo, ese viejo mal que tanto han padecido nuestros países. El hecho de que lo emprenda un profesor extranjero, es decir, un técnico carente de prejuicios nacionales, de clase o grupo, atrae más todavía. En fin, por si algo faltara, el estudio se ha hecho al amparo institucional del Council on Foreign Relations.

Todo esto resulta a la postre un poco engañoso. Desde luego, el título del libro no corresponde a su intención; así, debió cambiarse a éste: *La Política Militar de Estados Unidos en la América Latina*. Estudiarla,

valorarla, criticarla, es el verdadero fin que el autor se propuso; pero como no bastaba, ni podía bastar, decir lisa y llanamente que esa política es errónea, se imponía además dar alguna razón. Entonces, para demostrarlo, el señor Liewen se echó a cuestras el fardo excesivo de estudiar el militarismo latinoamericano. El fardo resultó, en efecto, excesivo: de doscientas sesenta y dos páginas que tiene su texto, ciento setenta y dos se consumen en el militarismo latinoamericano y apenas noventa en la política militar de Estados Unidos en la América Latina. Pero el desequilibrio entre el tema aparente y el real no sólo se refleja en la extensión con que se trata uno y otro, sino en todo. Aun cuando el señor Liewen es hombre más bien inclinado a las afirmaciones rotundas, no logra reprimir la inseguridad cuando aprecia situaciones latinoamericanas, mientras que maneja con mano firme el material de Estados Unidos. Su estudio sobre el militarismo latinoamericano no es de primera mano, sino que se basa casi exclusivamente en fuentes secundarias; en cambio, en el acto acude a las primarias cuando estudia la política militar de su país. Así, puede decirse que aun cuando el señor Liewen presenta un relato congruente y al día de las peripecias de nuestros gobiernos militares, no ha añadido nada al entendimiento del militarismo como fenómeno histórico. A la inversa, aclara hasta el convencimiento los errores de la política militar de su país en la América Latina.

No es ésta la ocasión, por supuesto, de revivir la vieja controversia de si es posible una historia objetiva, o si, a la inversa, todo historiador hace su historia; pero lo cierto es que, en el caso del señor Liewen, el juego subjetivo es demasiado transparente. Como ya se dijo, él quería demostrar que la política militar de su país es equivocada, y para ello, razona que dar armas a los países latinoamericanos fortalece a los grupos militares, es decir, a las fuerzas tiránicas (antidemocráticas o reaccionarias), las que impiden todo cambio y más todavía cualquier progreso económico, social y político en la América Latina. Para ello era necesario demostrar, primero, que la América Latina ha padecido el militarismo toda su vida; segundo, que lo padece hoy, y tercero, que puede padecerlo mañana o pasado. Y era menester demostrar también que el gobernante militar latinoamericano es siempre tiránico y siempre reaccionario. Precisaba, en suma, cargar el color negro en la pintura histórica del militarismo latinoamericano, en hacerlo aparecer, en suma, como la única causa de los males de nuestra América.

Desde un punto de vista argumentativo, la tarea era, después de todo, fácil, pues nadie puede atreverse a negar que es negra y larga como la noche la historia de ese militarismo. Lo malo es que un historiador no puede dejar de matizar para lograr el lienzo histórico, pues, de lo contrario, éste se queda en mancha o borrón. Y el libro del señor Liewen se inicia con una gran mancha: en dieciocho páginas pretender hacer la historia del militarismo latinoamericano durante los ciento cuatro primeros años de la vida independiente de nuestros países. El autor ha

sentido, sin duda, que su empeño era imposible: con frecuencia usa expresiones que pretenden corregir la grosería de sus afirmaciones, como "en general", "casi siempre", "en la mayor parte de los casos", etc. Aparte, sin embargo, de que el tono general lo da la afirmación tajante, es de temerse que los historiadores de cada país latinoamericano las discutirían sin término. Uno argentino (y allí está para demostrarlo una literatura singularmente abundante) no aceptaría reducir a Rosas a un simple militar "rapaz", dedicado solamente a "explotar y oprimir la población civil". En México, Agustín Yáñez, Rafael Muñoz o José Fuentes Mares, rechazarían también esa reducción en el caso de Santa-Anna. Y aun en el aparentemente más simple de Rafael Carrera, Mata Gavidia sostiene el otro extremo, el de que fue un factor decisivo en la formación de la nacionalidad guatemalteca.

Pero quizás sea mejor citar un caso concreto para ver más claramente cómo opera el *métier* del señor Liewen. En la página 23 dice:

Los peores especímenes [de caudillos militares] se produjeron, en general, durante los primeros años de la vida independiente [de los países latinoamericanos]. Una variedad más *sofisticada* sucedió a los tipos primitivos, al menos en los países más grandes, en la segunda mitad del siglo [xix]. Justo José Urquiza reemplaza a Rosas en Argentina, y Porfirio Díaz sustituye en México a Santa-Anna.

Nótese, en primer término, que el autor pretende protegerse de la generalización excesiva —y falsa, en consecuencia— colocando un "en general" en su afirmación de que los peores tipos de militarismo se dieron al iniciarse la vida independiente, así como un "al menos en los países más grandes" en su afirmación de que después de 1850 fueron reemplazados por variedades más tolerables. A mí, al menos, me parece que, a pesar de esas dos expresiones limitativas, subsiste el carácter arrasador de las dos afirmaciones. Nótese en seguida que el panorama histórico es incompleto, pues nada se dice de los militares que hicieron la independencia, quizás porque entonces habría que explicar una cosa más: ¿cómo el caudillo supremo (Bolívar, San Martín, Morelos) fue sustituido por el peor, y éste, después, por uno menos malo?

Lo más importante, sin embargo, es detenerse en alguna de esas afirmaciones y cotejarla con los hechos. En primer lugar, ¿qué quiere decir que los caudillos de la segunda época son más "sofisticados"? La palabra inglesa, como se sabe, es vaga y se usa casi para todo; sus elementos definitorios más persistentes, sin embargo, son la falta de naturalidad y simplicidad, o sea, la complicación y el artificio. En el caso de México, parece fuera de toda duda que Santa-Anna era el complicado y el artificioso, y Porfirio Díaz el simple y natural. En seguida cabe decir que decididamente Porfirio Díaz no reemplaza a Santa-Anna: éste desaparece de la escena política en 1854 y Porfirio Díaz no llega al poder hasta 1876, es decir, veintidós años después. Éstos son, por añadidura, años de cam-

bios fundamentales en la historia mexicana: las revoluciones de Ayutla y de Reforma, más el imperio de Maximiliano y la República Restaurada. En los primeros trece años sucumbe el militarismo que en cierta forma ha podido encarnar Santa-Anna, y lo sustituye el militarismo que lleva a la victoria al liberalismo y a la República. Después vienen los diez años de la República Restaurada, durante los cuales los gobernantes civiles —Juárez y Lerdo— liquidan un militarismo que justamente le permite a Díaz subir al poder.

Pero todavía hay una cosa de más fondo: la idea de que Porfirio Díaz fue un gobernante militarista es, además de vulgar, inexacta. No fueron militares sus procedimientos de gobierno y el empleo de la fuerza bruta fue limitado. Díaz fue un gobernante dictatorial y arbitrario, pero no militarista. Así, al final de cuentas, el señor Liewen pudo haber dicho con igual propiedad que fue Adolfo López Mateos quien sucedió a Santa-Anna.

Después de todo, el punto más notable de este libro es que, destinado aparentemente a historiar y analizar socioeconómicamente el militarismo latinoamericano, no arranca de una definición clara de los conceptos caudillaje, despotismo, dictadura, pretorianismo, que se van a barajar en cada página. En un instante fugaz el autor sintió la necesidad de hacerlo, y entonces acude a... ¡Jesús de Galíndez! * para quien, además de ser el caudillismo una "flor" típica de la "planta" *política* de la América Hispánica, no se trata de "un concepto político", sino de... ¡un "tipo psicológico"! Pocas dudas puede haber sobre que, digno de recuerdo como es y será su memoria, Galíndez nunca fue una autoridad en achaques latinoamericanos, sino un aficionado tardío a opinar sobre ellos. Pero, además, la cita de Galíndez encierra una incongruencia flagrante: ¿cómo un fenómeno que no es político sino psicológico, puede ser la flor característica de una planta *política*? El coronamiento de todo esto es, sin embargo, que el señor Liewen no toma muy en serio la definición romántica de Galíndez, pues, para él, son fuerzas sociales, pero particularmente económicas, las que crean, transforman y evaporan al caudillo latinoamericano.

Así, la falta de definiciones previas y claras de conceptos que suelen usarse unas veces como equivalentes y otras como diversos y aun opuestos, ha hecho caer al señor Liewen más de una vez. Desde luego, una caída curiosísima es la de haber inventado al "caudillo laborista", que ejemplifican, según él, Cárdenas, Perón y Arbenz (p. 48); otra es la de dar el año de 1949 (¡!) como aquél en que puede considerarse que el ejército (¿cuál?) no fue ya un "factor decisivo" en la vida pública de Costa Rica. Éstas son caídas menores, pero hay otras en que se llega al fondo del pozo. Para el autor, México es el país donde el militarismo

* No es éste el único caso de un concepto o de un hecho que se coloca bajo el amparo de una falsa autoridad: se usa a Ernest Gruening (p. 102), por ejemplo, para fundar la suerte del militarismo mexicano hacia 1821.

tiene menor influencia, y atribuye el mérito del logro a cuatro generales mandones: Obregón, Calles, Amaro y Cárdenas. En ninguna parte asoma la explicación de un fenómeno evidentemente contradictorio: ¿cómo un militar combate y subyuga al militarismo? Las razones, después de todo, son obvias: Obregón, Calles y Cárdenas, a pesar de sus grados militares, y, en el caso de Obregón, a pesar de haber sido un buen militar —o genial, como quieren algunos—, no eran militaristas; luego, los tres, pero más claramente Obregón y Calles, combatieron a otros generales, no por el mal del militarismo que ellos representaban, sino porque eran sus enemigos *políticos*. En cambio, a Amaro, que tenía una mentalidad puramente militar y, por eso, era militarista, se le pinta como el héroe que consumó la victoria sobre el militarismo: más que nadie se empeñó en hacer del ejército popular nacido de la Revolución un ejército cabalmente "profesional". Para el señor Liewen, en efecto, el logro de un ejército profesional es uno de los caminos más seguros para acabar con el militarismo; pero el ejército argentino del siglo xx ha sido absolutamente profesional y, sin embargo, rara vez en la vida pública ha dejado de ser decisiva y maléfica su influencia. Y aquí, en México, Madero se quedó con el ejército profesional de Porfirio Díaz, lo cual no impidió que ese ejército diera al traste con un gobierno civil para crear uno militarista y entronizar en él a Victoriano Huerta, uno de los raros mexicanos de una mentalidad exclusivamente militar. Sin embargo, la caída mayor del señor Liewen es la que le ofrece la obra antimilitarista del general Cárdenas. Según él, Cárdenas le dio la puntilla con un golpe genial: al reorganizar en 1937 el Partido Revolucionario, añadió a los tres "sectores" reconocidos: campesino, obrero y popular, el militar. Para explicar el enorme alcance de esta medida, Liewen cita al señor Townshend, quien transcribe lo que de viva voz pretende haber escuchado del propio general Cárdenas:

Nosotros no metimos al ejército en la política: estaba ya en ella; de hecho, la dominaba. Entonces, acertamos al reducir su influencia a un voto de cuatro.

Aparte de que es más que dudoso que el general Cárdenas haya dicho semejante cosa —y ciertamente no puede creerla—, es bien claro que un militarismo que respeta el voto disidente no es, ni puede ser, militarismo.

EL AUTOR ensaya dar una explicación general, válida para toda la América Hispánica, de por qué y cómo ha variado el militarismo en el siglo xx, y particularmente después de la gran crisis económica 1929-33. Es un cuadro grueso: el ejército había sido antes el aliado o el instrumento de los latifundistas, el grupo económico de mayor peso social y político; con la concentración urbana de la población y la industrialización, han surgido nuevos agrupamientos sociales, económicos y políticos, con el resultado de que el ejército defiende ahora, en ocasiones, el poder decadente

de los terratenientes; en otras, a los industriales, líderes de la nueva sociedad; y también acaudilla él mismo lo que el señor Liewen llama con excesiva solemnidad la "revolución social", que no es sino un progreso tardío.

La explicación es, en general, correcta, aun cuando pueden señalarse algunos elementos que han quedado fuera de ese cuadro general: sin cambios previos en la infraestructura de la sociedad latinoamericana: transportes, escuelas, hospitales, provisión de agua y obras de saneamiento, etc., el proceso urbanización-industrialización no se hubiera podido iniciar siquiera, y ciertamente no habría alcanzado el ritmo propio de una "revolución". Los industriales no son los únicos líderes de este nuevo estado de cosas, sino que, como aliados unas veces y otras como opositores, se halla la banca, un grupo de presión de una importancia singularísima, entre otras razones, porque la industrialización, en la medida en que se ha hecho con el ahorro nacional, ha dependido del crédito bancario.

El señor Liewen ha señalado con acierto la existencia de un nuevo elemento perturbador en los cataclismos políticos recientes de la América Latina: las ideologías extranjeras, o "exóticas", como se las ha llamado graciosamente en México. Pero no ha insistido bastante en él: a mi juicio, la Revolución Mexicana fue la última revolución —dentro y fuera de la América Hispánica— que pudo ser límpidamente nacionalista, es decir, sin ninguna contaminación exterior, aun cuando es corriente en México atribuir una influencia anarquista al grupo precursor de los Flores Magón. Pero todas las siguientes no han podido dejarse de manchar de alguna ideología exterior: el peronismo, con sus técnicas claramente nazi-fachistas, y la Guatemala de Arbenz, con un aura comunista.

LA MEJOR contribución del señor Liewen es, sin duda, la segunda parte de su libro, en que examina la política militar de Estados Unidos en la América Latina. Aun aquí, sin embargo, la historia vieja le falla; la primera "intervención" de Estados Unidos en la América Central no la dictó la inseguridad del canal de Panamá (p. 176), que no existía siquiera, sino una política exterior mal informada y mal entendida, de hecho, miope, ciega.

En el examen de esa política militar actual, el autor parte lógicamente de los tres principios en que la ha hecho descansar públicamente el gobierno de Estados Unidos: la amenaza, interior y exterior, del comunismo a la América Latina; la importancia vital para cada una de las repúblicas de las zonas estratégicas y de las líneas de comunicación, y su corolario de que a su defensa deben contribuir todas ellas. El autor concluye con seguridad y prontitud que es muy remota la posibilidad de una ocupación militar soviética, que la amenaza interior del comunismo puede ser combatida por la policía y no necesariamente por el ejército, y que la contribución de la América Latina a la lucha universal contra el comunismo es, y no puede dejar de ser, limitadísima.

En esta parte de su libro, la mano del señor Liewen se mueve con seguridad y logra párrafos espléndidos: el segundo, de la p. 211 y el primero de la 215, por ejemplo. Y su conclusión final: que las armas norteamericanas dadas a los países latinoamericanos pueden caer en grupos militaristas que se opongan o retarden la evolución social, económica y política, es juiciosa.

DERECHO Y ESPACIO ULTRATERRESTRE

FRANCISCO CUEVAS CANCINO,
del Servicio Exterior Mexicano

Dilatado es el volumen que nos presentan Jessup y Taubenfeld: * más de 350 páginas comprende el amplio y detallado estudio. En cambio, constituye una obra breve si se la considera en relación al tema de que se trata. Porque procura nada menos que establecer los basamentos jurídico-políticos sobre los cuales pueda apoyarse una humanidad que se lanza a la conquista del espacio ultrarrestre. Y el más allá de la atmósfera, hasta ahora considerado con el mismo temor que los marinos mediterráneos tuvieron para con las grandes regiones equinociales, presenta ante la humanidad ingentes problemas: técnicos desde luego, pero profunda y esencialmente jurídico-políticos.

Tema y momento son altamente propicios para una obra de este género y envergadura. Consciente es nuestra era de estas primeras piraguas que se lanzan a espacios antes vírgenes. No vienen a la zaga los problemas implícitos a tan novedosas empresas. De allí que buen número de juristas hayan procurado hacerla de atalayeros. Varias obras —consecuencia de sus labores— han llegado hasta el conocimiento del público. En ellas encontramos pocos pensamientos de fondo, menos aún realmente originales; casi ningún esfuerzo por elevarse sobre la minucia del problema; ausencia de labor que, sin dejarse arrastrar por el atractivo de una pseudolegislación universal, fije los supuestos que requieren generaciones que se lanzan a una dimensión nueva.

No es que no abunden, relativamente hablando, los ensayos sobre estos temas. La popularidad del derecho ultraterrestre, espacial o astronáutico, sideral o interplanetario (que todos esos nombres, y aun más, ha recibido); la aureola que rodea a todo aquel que de lejos o de cerca lo

* JESSUP, Phillip C., y TAUBENFELD, Howard J.: *Controls for Outer Space*. Nueva York: Columbia University, 1959; 350 pp.